

Educación de la fe y comunidad cristiana

SECUNDINO MOVILLA

Hablar en estos momentos de un estilo de educación en la fe que se encamine hacia la comunidad cristiana no es descubrir el mediterráneo. La mayoría de los educadores cristianos así lo entienden, sobre todo después de que el Sínodo '77 insistiese en la necesidad de una catequesis «desde, en y para la comunidad» y nuestra Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis haya formulado por dos veces entre sus objetivos prioritarios (cf. «Plan de Acción» de 1978 y 1981) la conveniencia de intensificar una catequesis que cree y potencie «espacios comunitarios, de talla humana, en los que los catequizandos se eduquen adecuadamente en la dimensión comunitaria de la fe y puedan insertarse en la Iglesia local».

Los planteamientos, pues, parecen estar suficientemente claros en este sentido. El problema más grave que se plantea suele ser de tipo práctico, es decir, de cómo hacer y proceder en la praxis concreta para que el tipo de educación cristiana en el que muchos educadores estamos empeñados conduzca efectivamente a crear o a consolidar la comunidad cristiana.

El trabajo que me piden en esta ocasión quieren que tenga un doble matiz: el de orientar en aquellos aspectos que se consideran fundamentales a la hora de entender lo que es una comunidad cristiana y el de sugerir iniciativas concretas, prácticas y modos de actuar que ayuden a crear y a potenciar dicha comunidad. Fiel al encargo que me piden, voy a intentar ofrecer algunas reflexiones y sugerencias articuladas en cuatro puntos: 1) la *identidad* de la comunidad cristiana, procurando destacar en esa identidad cuáles son las dimensiones o aspectos que la configuran y cuáles las exigencias que, de suyo, implica; 2) el sentido progresivo con el que realísticamente hay que proceder

en la *construcción* de esa comunidad; 3) la conveniencia, por no decir necesidad, de seguir un *proceso catecumenal* como medio adecuado, como entrenamiento imprescindible, para lograr la auténtica comunidad cristiana; 4) y, por último, la convicción cada día más patente, avalada sin duda por numerosas experiencias personales, de que *la fe se vive en comunidad* y de que sólo desde una Iglesia que se entiende a sí misma como «comunidad de comunidades» es posible insertarse en la realidad concreta de la Iglesia local.

1. LA IDENTIDAD DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

Para poder «potenciar y crear espacios comunitarios» en nuestra tarea de educadores en la fe entiendo que es necesario tener una idea adecuada de lo que es la comunidad cristiana. Me refiero, claro está, no a una idea simplemente teórica o de formulación doctrinal ortodoxamente adecuada (que, de suyo, ya tenemos cuando hablamos de la Iglesia como de la «comunidad de seguidores de Jesús» o de la «congregación de fieles cristianos, cuya cabeza es el Papa»), sino de una idea operativa, es decir, pensada para ser llevada a la práctica. En este sentido, creo que vale la pena destacar que la comunidad cristiana se configura fundamentalmente desde estos dos aspectos: siendo, en primer lugar, un grupo de «talla humana» y encarnando luego algunos rasgos específicamente cristianos.

1.1. La comunidad, grupo de talla humana

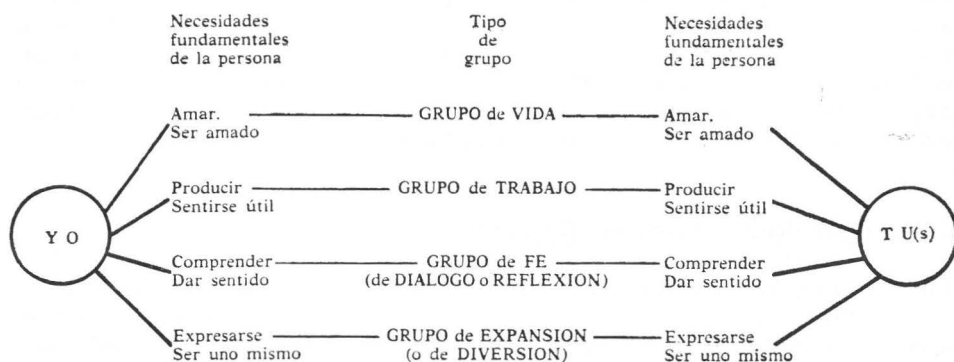
Cuando se pide para la comunidad cristiana esa infraestructura elemental de ser, ante todo, grupo «de talla humana», me figuro que se hace con una doble intención. Por un lado, y en lo que podríamos calificar de acepción negativa, se quiere afirmar que para que un grupo cristiano se consolide válidamente como comunidad debe evolucionar, crecer y alcanzar un funcionamiento de legítima madurez humana. (Con lo cual quedan descartados ya algunos grupos que, por más que se califiquen a sí mismos de cristianos, en la práctica no pasan de ser la caja de resonancia de tantos infantilismos, egoísmos, narcisismos, además de otros desajustes y síntomas de inmadurez, como en ellos suelen volcar no pocos de sus miembros.) Una cosa parece evidente, y es que, si lo genuinamente cristiano echa sus raíces y se desarrolla a partir de lo profundamente humano, lo mismo cabe decir de la comunidad cristiana, que necesita como infraestructura o como terreno abonado de un auténtico grupo de calidad humana.

Por otro lado, la expresión «grupo de talla humana» encierra, además, otra connotación que podríamos llamar positiva, y es la que alude a las exigencias o valores grupales a los que en él se aspira a dar cabida. Entre esos valores están: el conocimiento directo de los miembros que confluyen en el grupo y la aceptación mutua, la posibilidad de compartir y confrontar con otros

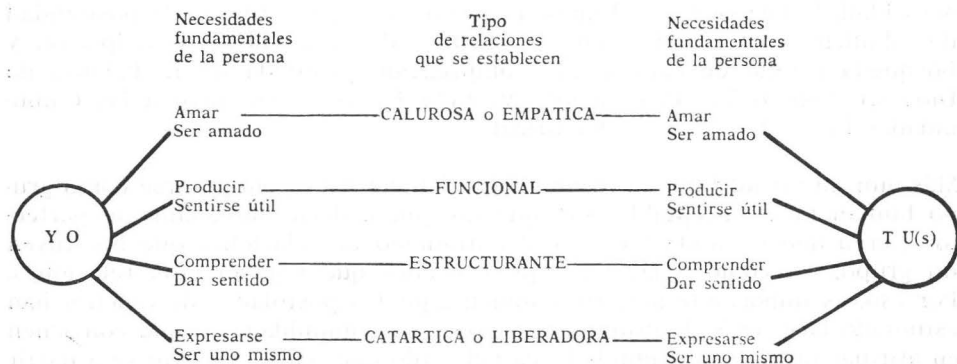
la propia experiencia de fe, descubrir el grupo como el espacio adecuado para la práctica coherente de algunos valores evangélicos, tales como la generosidad, la no-violencia, el amor fraterno, etc., y, por último, la posibilidad de adquirir o de ejercitar en él actitudes de creatividad, participación y búsqueda común de cara a una comprensión profunda de la Palabra de Dios (cf. *Sínodo '77*: Proposición 29; *Juan Pablo II*: Discurso a las Comunidades Eclesiales de Base del Brasil).

Más aún; al afirmar que la comunidad cristiana debe configurarse como grupo humanamente aceptable —lo que no quiere decir humanamente perfecto—, creo que se alude también al entramado de relaciones que instituyen un grupo, así como a las leyes psicosociales que regulan esas relaciones. Por eso, es importante admitir también aquí los postulados de quienes han estudiado la génesis de grupos humanos y de comunidades y que convienen en afirmar que toda comunidad, sea del estilo que sea, se constituye a partir de ciertas necesidades básicas que experimentan las personas. Esto quiere decir que la relación *persona-comunidad* se basa principalmente en una serie de necesidades psicológicas que siente la primera (la persona) y que condicionan y determinan la formación de la segunda (la comunidad). De acuerdo con el estilo de grupo que se intente crear, según sea la necesidad que cada uno pretenda remediar en su recurso a la agrupación, surgen relaciones propias o características de los diversos grupos que manifiestan cuál es la tónica o el talante peculiar de cada grupo. Si quisiéramos ejemplificar lo que acabamos de decir, tendríamos los siguientes gráficos:

MODALIDADES BASICAS DE GRUPO



LAS RELACIONES INTERPERSONALES



Esto viene a cuento de que a veces la comunidad cristiana pretende ser la realización utópica de todas esas modalidades de grupos: quiere ser a la vez grupo de fe, de vida, de acción, etc. Y posiblemente tenga que ser así; más aún, el ideal de comunidad cristiana aspira a realizar efectivamente la comunión de las opciones creyentes, de la vida y del compromiso. Pero una cosa que no debe olvidarse nunca es que la realidad de comunidad no surge de un instante para otro, sino que requiere su tiempo, y que es fruto la mayoría de las veces de un largo proceso. Pues bien, en las vicisitudes a que está sometido dicho proceso, y yo me atrevería a decir en las fases más críticas por las que inevitablemente tiene que pasar toda comunidad que aspire a esa calidad grupal «de talla humana» de la que antes hablábamos, es sumamente conveniente conocer cuál es el estadio o fase en el que el grupo se encuentra (habría que decir más explícitamente, cuál es el talante de grupo que en esos momentos se ha querido potenciar o privilegiar: si compartir la vida, la fe o las acciones), para saber también cuál es el tipo de relaciones que, sobre todo, hay que salvaguardar y cuidar. La experiencia dice que las comunidades que, sobre todo en los comienzos y en los momentos más críticos, han sabido recurrir y tener presentes esas referencias grupales, han conseguido sobrevivir, por lo general, y superar positivamente dichos momentos de despiste o de conflicto.

1.2. Lo específico de la comunidad cristiana

Sin embargo, la identidad de la comunidad cristiana no se agota con ser grupo humano, por ejemplar y perfecto que éste pueda imaginarse; supone algo más y pretende, de suyo, realizar otros elementos que son tenidos por «específicamente cristianos». ¿Cuáles son, pues, esos elementos? No voy a

detenerme en comentar aquí los referenciales teológicos que identifican a la comunidad cristiana (como el de que sus miembros se saben «convocados en Cristo Jesús por la fuerza del Espíritu», y otros que sin duda conocemos); prefiero subrayar más bien aquellos otros aspectos que son considerados como más operativos o, si se prefiere, más pastorales.

Antes, incluso, de precisar cualquiera de ellos, se hace imprescindible una especie de justificación. Y es que si durante mucho tiempo la pertenencia a la Iglesia, y la consiguiente incorporación a la comunidad cristiana, se ha regulado por categorías jurídicas (bastaba estar bautizado para ser miembro, de hecho, o de derecho al menos, de la Iglesia), actualmente esa pertenencia efectiva a la comunidad eclesial parece que quiere medirse más bien desde unas opciones personales y desde unas actitudes de base. Unas actitudes o exigencias que no van a ser otras sino las requeridas por Jesús para aquél que quiera seguirle, tal y como aparecen formuladas en los Evangelios, y que sorprendentemente la normativa eclesiástica parece que fue olvidando poco a poco y sustituyéndolas por otras de carácter más legal.

Pues bien, entre las condiciones o actitudes personales que Jesús pedía entonces, y que los cristianos debemos seguir pidiendo a todo aquél que desee pertenecer a la comunidad de seguidores suyos, estarían al menos estas tres:

- a) La capacidad o disposición de *compartir* lo que se tiene con los que no lo tienen. Y no deja de ser sorprendente que Jesús se muestre en este punto sumamente radical: «deja todo cuanto tienes...», «no llevéis *nada...*, ni oro ni plata», con lo cual quiere dar a entender que se trata de una *conditio sine qua non* de entrada en la comunidad. Llevada a nuestro terreno esta exigencia proclamada por Jesús en un tono tan radical, creo que debería urgirnos a aplicaciones y a revisiones de algún modo tajantes, en el sentido, por ejemplo, de que si nos encontramos con cristianos que se niegan a compartir, que no comunican ni se abren a los demás, que incluso proclaman con autosuficiencia que ellos no necesitan de nadie, o que mantienen en todo su obrar una actitud egoísta cerrada..., lo lógico es reconocer que un comportamiento así niega sustancialmente la posible pertenencia a una comunidad cristiana. Y esto, por más bautizado que se esté.
- b) La actitud de *servicio* como algo que da la tónica a un grupo cristiano; pero un servicio que es real y efectivo, que no se queda sólo en palabras ni en expresiones aparentemente humildes (de las que a veces tanto gustan servirse precisamente quienes mayor poder y dominio ejercen luego sobre los creyentes). Se trata, por tanto, de una convicción profunda de saberse igual, no superior, a los demás miembros; significa, asimismo, una disponibilidad para ofrecerse a los demás desde lo que uno es y tiene, entendiendo esa disponibilidad como una manera de expresar y de vivir la fraternidad; una fraternidad que, arrancando de la certeza de reconocerse hijos del mismo Padre, se alimenta luego a través de unas

relaciones de ofrecimiento y de ayuda, de servicio y no de dominio («el que quiera subir entre vosotros, sea vuestro servidor»).

La deducción práctica que estas afirmaciones exigen es doble: nadie en la comunidad cristiana, por muchos cargos y responsabilidades que ostente, es quién para imponerse y dominar a los otros; así como tampoco deberían darse en ella actitudes de falsa veneración, de extraño sometimiento o de excesiva dependencia respecto a aquellos cuya función es la de animar en la fe y «presidir en la caridad» («a nadie llaméis padre, a nadie llaméis maestro, a nadie llaméis señor»).

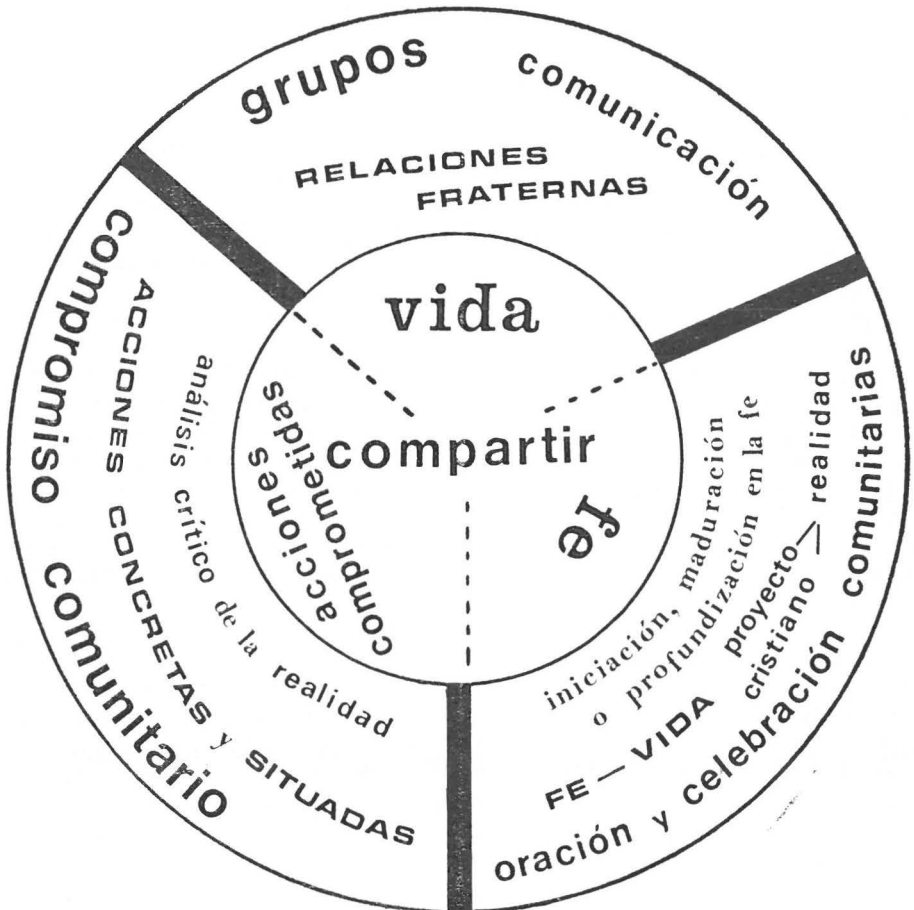
- c) El propósito de *quererse como hermanos*, para hacer realidad el deseo más explícito y rotundo de Jesús. Ahora bien, esta exigencia del amor fraterno tiene una doble vertiente: hacia dentro de la comunidad, supone un esfuerzo continuo por respetarse, apreciarse, perdonarse y crecer en el cariño y en la recíproca estima; hacia fuera de la comunidad, esa exigencia debe ser pensada como un testimonio que hay que dar ante los demás, pero un testimonio que debe ser lo suficientemente claro, expresivo y elocuente como para que sea entendido y acogido como tal. En este sentido, pienso que una comunidad cristiana debe tener como preocupación constante el manifestar hacia los demás un estilo de fraternidad que atraiga y que convenza; y en esa preocupación lo decisivo tal vez sea acertar a poner una serie de gestos que estén en consonancia estimulante unas veces y en disonancia interpelante otras como para que produzcan su efecto. Desde esta perspectiva, me atrevo a sugerir un par de actitudes desde las que, a mi entender, resulta oportuno testimoniar hoy la fraternidad:

— La *comunicación*: En un mundo como el nuestro, marcado por el egoísmo y la competencia, donde los intereses personales prevalecen sobre los que son comunes, donde cada uno va a lo suyo desentendiéndose del resto..., pero donde se prueba cada vez más duramente la incomunicación, el aislamiento y la soledad, vivir la fraternidad podría significar muy bien vivir en *comunicación*. Y esa comunicación debería traducirse, de hecho, en una *actitud* (que sería como la necesidad vital de abrirse a los demás y de ponerse en relación con ellos) y en una *actuación* (que llevaría a crear grupos comunitarios, donde fuese posible compartir la fe, las acciones e incluso la vida).

— La *comunión*: En un mundo que se revela cada día más pluralista, pero que al mismo tiempo es un mundo de clases sociales divididas y enfrentadas, vivir la fraternidad podría significar también *vivir en comunión*. Una comunión cuya modalidad y alcance sería muy difícil precisarlos para la sociedad en que vivimos, pero una comunión que tendría un verdadero sentido en el ámbito eclesial, y que podría concretarse en lo siguiente: en hacer pasar a la Iglesia de una manera de entender la comunión en sentido «verticalista» a otra más «igualitaria» que posibilitase, de hecho, la fraternidad.

Quisiera cerrar, por fin, este comentario acerca de los elementos que configuran la identidad de la comunidad cristiana con una especie de síntesis o gráfico, en el que se pone de manifiesto cómo la actitud fundamental de pertenencia a la comunidad es la actitud *compartir*; un compartir que se amplía a tres dimensiones —la vida, la fe y el actuar—, en las que o bien de forma sucesiva y gradual (primero la vida, luego la fe, etc.) o bien de forma simultánea, en las tres dimensiones a la vez, se va avanzando y poniendo en práctica una serie de gestos o de manifestaciones concretas, que son los que autentifican la existencia de comunidad cristiana.

DIMENSIONES DE LA COMUNIDAD CRISTIANA



Hasta aquí he procurado resumir algunos elementos de lo que, en el terreno operativo, queremos que sea una comunidad cristiana; quedarán ahora por sugerir algunas iniciativas concretas para crear y potenciar esos «espacios comunitarios» de que habla la línea prioritaria tercera. Para no divulgar demasiado, voy a limitarme a formular tan sólo aquellas iniciativas que parecen ser una exigencia obvia de los diversos elementos apuntados.

— Nadie duda de la convivencia y hasta de la necesidad de que cualquier comunidad comience por ser, ante todo, «grupo de talla humana». Pues bien, eso quiere decir, en la práctica, que las mejores iniciativas en este sentido deben orientarse a crear, organizar, poner en marcha grupos cuyo funcionamiento, aun desde las simples expectativas humanas, se revelen como espacios enriquecedores para las personas que de ellos forman parte. Esto no significa que cualquier grupo humano, por el hecho de funcionar bien, tenga automáticamente vocación de comunidad cristiana; todos reconocemos la existencia de grupos valiosísimos, cuya finalidad no es precisamente realizarse como comunidad, sino alcanzar una serie de objetivos que previamente se han fijado. En cambio, sí conviene dejar bien claro que las agrupaciones cristianas que aspiran a comunidad deben proponerse alcanzar poco a poco esa mental madurez de grupo humano, sin la cual no es posible consolidarse como comunidad cristiana. Cualquier inquietud, por tanto, que se oriente a conocer cuáles son las coordenadas desde las que surge y evoluciona un grupo, cuáles los mecanismos y fenómenos que en él tienen lugar, dónde se sitúa el ritmo y la dinámica del mismo según las diversas etapas, me parece que contribuye a poner sólidos fundamentos para la comunidad cristiana.

De una manera particular quisiera insistir en la conveniencia de que el animador o responsable tenga no sólo un conocimiento teórico y práctico de las diversas modalidades de grupos y de las relaciones interpersonales que les son pertinentes, sino la firmeza y sagacidad suficientes como para llevar al grupo cristiano a aceptarse como «tal» grupo, en «tal» fase o período de evolución, donde sobre todo importa salvaguardar «tales» tipos de relaciones, sin dejarlo escorar hacia la utópica ilusión, propia de algunos grupos cristianos principiantes, de querer serlo todo a la vez y desde el primer momento.

— Pero acaso las mejores iniciativas pueden y deben surgir a la hora de poner en práctica los elementos que llamábamos específicos, originales o propios de la comunidad cristiana. Creo, sinceramente, que el esfuerzo que se invierta en favorecer que la gente se habitúe poco a poco a *compartir*, en promover relaciones de auténtica igualdad, de servicio y corresponsabilidad dentro del grupo, y sobre todo en propiciar muestras válidas y eficaces de respeto y cariño fraternal, es la mejor manera de contribuir a la creación de espacios comunitarios.

2. LA CONSTRUCCION PROGRESIVA DE LA COMUNIDAD

Una vez indicados los aspectos que caracterizan prioritariamente a la comunidad cristiana y sugeridos algunos de los gestos que pueden contribuir a hacerla realidad, considero oportuno afirmar el carácter progresivo que entraña la realización de la comunidad y sacar de esa afirmación algunas aplicaciones prácticas.

Tomando como referencia el gráfico-síntesis, reproducido poco antes, en el que aparecen diseñadas las tres dimensiones o ejes que vertebran la comunidad, creo que es importante hacer notar, como primer dato, que son esas tres dimensiones, asumidas conjuntamente, las que definen una comunidad cristiana; y, como segunda observación, que la puesta en práctica de cada una de esas dimensiones no puede por menos de ser *progresiva*, en el sentido de que unos deben ser los gestos o realizaciones que materialicen, por así decirlo, esta o aquella dimensión en los comienzos, y otros, bien distintos, conviene que sean los gestos que la testimonien en etapas o fases más avanzadas.

Al filo de estas aseveraciones, es oportuno clarificar dos cosas. Primera, que si la entidad de comunidad cristiana sólo se da cuando se asumen y se encarnan esas tres dimensiones ya mencionadas —vida, fe y acción conjunta—, lógicamente hay que concluir que aquellos grupos cristianos que se polarizan en una sola de esas dimensiones, y que incluso se identifican desde ella, serán grupos con matices y hasta con apelaciones diversas, pero nunca podrá llamárseles con propiedad comunidad cristiana. Existen, como es obvio, y todos conocemos, grupos que se definen a sí mismos «de amistad», cuya aspiración máxima es la de crear unas relaciones óptimas entre sus miembros y la de compartir sus vidas en mayor o menor grado, y ahí se quedan; y existen también grupos, y de ellos tenemos, asimismo, experiencia, que se reúnen para iniciarse o para profundizar en los contenidos de fe, o para orar y celebrar juntos, y a eso se limitan; y existen, por supuesto, asociaciones, colectivos, corporaciones, etc., cuya finalidad exclusiva es la de actuar juntos desde unos criterios o exigencias que previamente se han marcado, y que constituyen, en definitiva, el aglutinante de la gente que en ellos milita. Pero está claro que la existencia y el reconocimiento de dichos grupos, tan plurales y diversos, no conlleva necesariamente el que se los considere, ni que ellos mismos se consideren, comunidades cristianas.

La segunda aclaración se refiere al ritmo de crecimiento o al itinerario que suele recorrer el grupo cristiano que aspira a constituirse en comunidad. La verdad es que en este punto hay un interrogante que se repite con frecuencia: «¿cuándo dejamos de ser catecumenado y pasamos a ser comunidad?», preguntan algunos en los grupos catecumenales. La clave para la respuesta no está, a mi entender, en remitirse sin más, como algunos pre-

tenden, al modelo del catecumenado primitivo (donde la Vigilia Pascual, con los Sacramentos de Iniciación que en ella se desarrollaban, significaba, efectivamente, el ingreso en la comunidad, una vez superadas las etapas de catecumenado). Quienes así razonan, buscan a toda costa establecer también hoy, aquí y para nosotros, una especie de línea divisoria entre catecumenado y comunidad. Pienso que nuestra situación no es homologable, sin más, a la del catecumenado primitivo. Los catecúmenos de entonces eran paganos que accedían a la comunidad, convocados y pacientemente entrenados por ésta; mientras que hoy nos encontramos en la mayoría de las experiencias catecumenales con personas que, aun reconociéndose «bautizadas, pero no suficientemente evangelizadas», la verdad es que no parten de cero en lo que a experiencia religiosa, cristiana y grupal se refiere.

Personalmente me inclino a entender el proceso catecumenal más que como línea recta (en la que pudiera señalarse un corte divisorio —una especie de «paso del ecuador»— entre catecumenado y comunidad) como una realidad a modo de círculos concéntricos. Vale la pena, en este sentido, tener presente el gráfico circular que resume y refleja al mismo tiempo la idea de comunidad: para ser comunidad es preciso integrar las tres dimensiones —fe, vida y acción—, pero también es justo observar cómo no hace falta esperar a que cada una de esas dimensiones se viva a tope para decir que entonces, y sólo entonces, se realiza la comunidad; más bien creo que lo realista es admitir que los grupos cristianos suelen progresar poniendo en práctica algunos gestos o demostraciones de compartir la vida, otros pocos de profundización, comunicación o expresión de fe y algún otro intento, no siempre bien logrado, en la línea del compromiso.

Como consecuencias prácticas de lo expuesto, y a modo también de sugerencias, me gustaría insistir en el carácter *progresivo* de ese entrenamiento experiencial cara a la comunidad que llamamos «catecumenado». Esto quiere decir que, en la práctica, hay que poner sumo interés en escalonar bien dicho proceso, en saber formular los objetivos y exigencias propias de cada etapa, en elaborar programaciones adecuadas, etc. La cosa no es tan fácil como a primera vista pudiera parecer, ya que se trata de iniciar o de entrenar a las personas para que avancen y progresen en las tres dimensiones: vida, fe y acción. Ahora bien, cada una de esas dimensiones requiere una dinámica propia y exige, de suyo, un ritmo peculiar; cada persona, por su parte, tiene un estilo propio de ser, se encuentra más o menos motivada para insertarse en el proceso comunitario, avanza a un ritmo que a veces no coincide con el de los demás, y todo esto debe ser respetado. De ahí la necesidad de situarse con enorme tiento y prudencia, a la vez que con gran lucidez y clarividencia, en el ejercicio de esa extraordinaria responsabilidad que llamamos la animación de grupos que pretenden educar en la fe.

3. LA CONVENIENCIA DEL PROCESO CATECUMENAL

Al carácter progresivo y circular, más bien que líneal, de construirse la comunidad cristiana hay que añadir otro matiz importante: que siga una dinámica y metodología verdaderamente catecumenal.

Del catecumenado ya he subrayado alguno de sus aspectos, como, por ejemplo, el de ser un proceso lento y pluridimensional, que requiere tiempo y que engloba elementos diversos que conviene educar. Pero hay otros aspectos, sin duda tanto o más importantes, a los que vale la pena prestar atención.

a) Entre ellos yo destacaría, por seguir un orden, el que viene a ser el punto de partida, a saber, la *situación personal* de cada uno en relación con la experiencia de fe y en relación también con los demás. En el catecumenado, la realidad primera de que se parte no deben ser nunca los temas, sino las personas; son éstas las que ciertamente deben contar a la hora de poner en marcha una experiencia catecumenal; y los temas han de procurar responder en todo momento, pero particularmente en los comienzos, a las búsquedas e inquietudes de los individuos que en él participan. Ahora bien, para que esa primera iniciativa de poner al descubierto la propia situación no resulte tópica y banal (como, de hecho, vienen a resultar ya y a cansar tantas formas estereotipadas de presentarse y de darse a conocer en los grupos), importa mucho, por un lado, que el sujeto trate de expresarse desde el primer momento con un lenguaje personal, el suyo, un lenguaje implicativo, no el «instituido» que copiamos de otros, sino el «instituyente» que nos nace de dentro; y, por otro, conviene también que cada persona sitúe su propia experiencia en relación con la de los demás, de manera que en ningún momento prevalezca la sensación de que allí se encuentran, porque han coincidido, individualidades sueltas o islas recortadas, sino una pluralidad de vidas y de historias personales, cuyos protagonistas están deseando indudablemente acercar, relacionar y entrelazar.

b) También es importante en un catecumenado el *clima de confianza* que debe ir creándose entre la gente; una confianza que, nacida de unas relaciones humanas auténticas, abiertas y sinceras, permita decidir a cada cual lo que realmente piensa y permita también a unos y a otros interpelarse, cuestionarse, pedirle coherencia entre lo que se piensa y lo que de verdad se vive, es decir, entre las convicciones que se proclaman y las actitudes que, de hecho, se manifiestan. El mejor camino para poder entablar esa especie de diálogo interpelante es que en cada reunión no sólo se reflexione a un nivel teórico, sino que se descienda al terreno vivencial; es decir, que se procure no quedarse única y exclusivamente en sabias reflexiones o en profundas dilucidaciones sobre el mensaje cristiano, sino que los presentes lleguen a cuestionarse: «y nosotros, esto lo vivimos ¿sí o no?, «¿dónde y cómo podríamos realizarlo?», «¿qué nos exigiría el poner todo esto en práctica?», etc. En efecto, la intención de fondo de un catecumenado es la de educar, por supuesto,

en la línea de los contenidos de fe, pero también en la línea de las actitudes; pues si admitimos que la experiencia de fe es una experiencia globalizante, no podemos reducirla a lo puramente intelectual, sino que debemos reconocer que tiene además otras exigencias comportamentales, actitudinales, etc.

c) Y a propósito de esto, quiero subrayar otro aspecto importante del catecumenado: el que se refiere a la *profundización en la fe*. Siendo la iniciativa catecumenal el entrenamiento para un tipo de comunidad que vive fundamentalmente del Mensaje de Jesús, a nadie se le oculta la importancia que tiene el que sus miembros dediquen tiempo y orienten sus esfuerzos a conocer, a profundizar y a tratar de asimilar dicho Mensaje. Conviene, sin embargo, precisar con realismo en qué debe consistir esa tarea que dice relación con la fe.

Por lo dicho anteriormente, la primera aproximación a la fe, la que sin duda ha de resultar más beneficiosa, conviene que sea un poner en común y un conjuntar las distintas trayectorias de fe que cada persona de las que asisten al catecumenado ha seguido, o sea, un *compartir la situación personal de fe* en que cada uno se encuentra, junto con las motivaciones que le traen al grupo catecumenal y con las inquietudes, expectativas y búsquedas que en él desea satisfacer. De este modo se consigue un primer intercambio vivencial entre la gente y se vislumbra también por dónde tendrán que ir luego los contenidos temáticos de fe que el grupo amaría reflexionar. El segundo paso lo constituiría la reflexión de fe en cuanto tal, lo que tradicionalmente hemos llamado *catequesis catecumenales*; ahora bien, lo fundamental en este punto pienso que debe cifrarse en respetar, por un lado, las situaciones (probablemente diversas, pero a la larga enriquecedoras) de los participantes, y en saber imprimir, por otro, una dinámica progresiva, o sea, un ritmo que vaya pasando sucesivamente por las fases de *iniciación*, de *clarificación* o *fundamentación* y *maduración* en la fe. Consiguientemente, cada una de esas fases requerirá una metodología y unos procedimientos adecuados; pero como criterio orientador acaso sirva el siguiente: si al principio es bueno favorecer el tono subjetivo de la comunicación («yo pienso», «para mí», «desde mi experiencia personal», etc.), debe llegar un momento en que el grupo cristiano no se contente con hablar simplemente de experiencias personales de fe, ni siquiera con compartir vivencias, sino en el que sienta la necesidad de confrontarse con otras expresiones más maduras de fe (por ejemplo, con el bagaje de fe que la Iglesia ha ido elaborando, repensando y reformulando a lo largo de los siglos), mediante auténticas catequesis bíblico-teológicas, escuchadas y comentadas, o bien mediante la lectura y reflexión de libros que aborden con seriedad cuestiones actuales de teología. Pues en una cosa parecen coincidir hoy muchos educadores de la fe, a saber, en reconocer que las recientes pedagogías catequéticas, y en particular la que insiste en partir siempre de la experiencia, al tiempo que han posibilitado y creado

un lenguaje mucho más vivencial para la fe, se sienten impotentes a la hora de proponer o de profundizar los contenidos específicos de esa fe. Y ésta es una limitación que conviene ir superando.

d) Quisiera referirme, por último, a otra función importante que trata de cumplir el catecumenado, y es la de convertirse en *experiencia inicial de comunidad*. Por ser el catecumenado entrenamiento para la comunidad cristiana, a la que, de suyo, aspira, es obvio que ese talante o clima comunitario debe dejarse sentir desde el primer momento, no como algo forzado o artificial, sino como un aspecto verdaderamente decisivo de la meta a la que se aspira llegar y que, por supuesto, lelos de manifestarse por generación espontánea tiene que ser posibilitado, alimentado y educado con verdadero esmero desde el principio. No puede ser fruto, claro está, de simples técnicas o dinámicas grupales; tiene que entrar en juego la llamada profunda que todo ser humano experimenta, en Cristo, a la fraternidad.

Y con esto se alude ya a esa característica singular de lo comunitario cristiano, que, sirviéndose del soporte natural del grupo y favoreciendo en él los aspectos comunicativos, de interacción e intercambio, de cohesión y aceptación recíproca, lo que en el fondo se pretende conseguir son unas *relaciones* verdaderamente *fraternas* entre los distintos participantes.

Todo lo cual está reclamando, lógicamente, como iniciativas prácticas, la puesta en marcha de auténticas experiencias catecumenales. Y quisiera dar aquí toda su importancia al término catecumenal e insistir, apoyado en las explicitaciones que acabo de hacer en torno al catecumenado, en lo serio y exigente que resulta ese método de educación en la fe, adoptado por la Iglesia en los mejores momentos de su afirmación histórica como medio para engrosar las filas de sus fieles y como instrumento catalizador de la identidad de las propias comunidades cristianas. No se puede abusar, por tanto, en tiempos de renovación y de efervescencia pastoral del bien acreditado «modelo catecumenal», aunque no sea más que por elemental respeto hacia el pasado eclesial, pretendiendo bautizar hoy con el nombre de «catecumenados» a cualquier iniciativa grupal, catequética o sacramental, por sincera que pueda ser la intención de quien la promueve u organiza; se necesita algo más, y, por lo pronto, un conocimiento básico de lo que es un catecumenado y de los diferentes elementos que engloba.

4. EL CONVENCIMIENTO DE QUE LA FE SE VIVE EN COMUNIDAD

Sería interesante comprobar si, en la práctica, ese convencimiento constituye el punto de llegada, es decir, la conclusión más cierta y unánime compartida de quienes han ejercido durante tiempo y tiempo la tarea catequística, o resulta ser más bien un punto de partida, una experiencia previamente lo-

grada, en aquellos que dedican sus esfuerzos e ilusiones a educar en la fe con vistas a la comunidad cristiana. Sería interesante, digo, como dato de procedimiento. No quiero detenerme, sin embargo, en este detalle de curiosidad. Mi intención es la de ir más lejos, reclamando como una necesidad, como algo totalmente imprescindible, llegar a alcanzar esa especie de certeza o convicción de que para vivir la fe cristiana en toda su riqueza y amplitud es preciso situarse en ese «espacio» o marco apropiado que llamamos comunidad. Y me gustaría que esta aseveración, por tantos creyentes juiciosos compartida, no sonase ni a exagerada ni a teórica.

— No debe parecer, en primer lugar, *exagerada*, porque responde efectivamente a un fenómeno común dentro de la praxis cristiana. Quién de nosotros, por ejemplo, se negará a admitir que si hoy nos confesamos creyentes es gracias a que hemos recibido esa fe en el seno de una comunidad, y que si ahora tenemos una mayor conciencia de lo que supone ser cristiano es porque hemos ido descubriendo, clarificando y madurando las exigencias de esa fe dentro de esos espacios comunitarios que, en la práctica, vienen a resultar muchos grupos cristianos a los que nos hemos ido vinculando. Pues si en la práctica esa ha sido la trayectoria común seguida por quienes hoy decimos que tenemos la fe puesta en Jesús y tenemos el valor, que es tanto como decir la gracia, de reconocerle Señor de nuestras vidas, lógico es concluir que la realidad de comunidad, por imperfecta y deficiente que la hayamos experimentado, ha cumplido su función en nuestro itinerario cristiano.

— Tampoco creo que puede sonar a algo *teórico*, si se piensa en el número cada día creciente de personas que en estos últimos años testimonian sinceramente haber descubierto la comunidad como una exigencia o como una riqueza que no quisieran en adelante perder.

Pero no sólo los datos de experiencia dicen que ese convencimiento está ahí y que es real. También los planteamientos de la reciente praxis pastoral apuntan en esa misma dirección. Baste recordar la proclamación que el Sínodo '77 hizo de la comunidad cristiana como «*origen, lugar y meta*» de toda catequesis, argumentando que en la comunidad es donde «los cristianos viven su conciencia clara de unión con Cristo y con el Padre en el Espíritu, escuchan y ponen en práctica la Palabra de Dios, celebran su fe, sobre todo en los sacramentos, oran juntos y viven la fraternidad en el amor, alimentan la conciencia de tener una misión en el mundo, reconocen sus limitaciones individuales y comunitarias, abriéndose a la comunión con las restantes comunidades cristianas de la Iglesia local y universal» (*Sínodo '77: Proposición 25*). Poco tiempo después, en 1978, la Comisión Episcopal española de Enseñanza y Catequesis señalaba como objetivo prioritario desarrollar un tipo de «catequesis *desde y para* la comunidad», (objetivo que vuelve a ser reiterado en el «Plan de Acción» para el trienio 1981-1984), y destacaba la importancia de entender la catequesis como «*tarea de la comunidad*»,

llena de sentido eclesial, como una función que ha de ejercerse *en* la comunidad y destinada a enriquecer la propia comunidad cristiana (*Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis: « Una nueva etapa en el Movimiento catequético»*).

No quiero insistir más en este requisito, a mi entender determinante para cualquier labor catequética, de descubrir por propia experiencia que la fe cristiana requiere, por exigencias íntimas, ser vivida en comunidad. Lo cierto es que cuando esa experiencia existe, resulta mucho más fácil entender y vivir la Iglesia como «comunidad de comunidades» y se ve como más lógico el deber de «insertarse en la Iglesia local». Lo cual puede explicar, y en algunos casos hasta justificar, el que algunos catequistas, convencidos como están profundamente de esa visión comunitaria, no encuentren apenas aliciente y hasta se resistan a actuar y a colaborar en aquellas estructuras (parroquiales o de otra índole) donde los planteamientos comunitarios no aparecen por ninguna parte.

Las sugerencias prácticas en este terreno podrían limitarse obviamente a una sola: a destacar la necesidad de madurar en la propia vida esa convicción, es decir, a procurarse por encima de todo esa experiencia comunitaria de signo positivo y enriquecedor. Las posibilidades y modos de hacerlo pueden ser diferentes, pero qué duda cabe que la participación en grupos catecumenales o comunitarios constituye una oportunidad que en modo alguno debería desaprovecharse.

La pretensión de estas páginas no ha sido otra que la de abogar por un tipo de catequesis capaz de crear y de potenciar «espacios comunitarios», con suficiente calidad o «talla humana» como para que en ellos la maduración en la fe pueda encontrar mayores posibilidades y garantías de realizarse. Una visión así de la catequesis estaría dando importancia no sólo a los contenidos, sino también a los métodos; y podría hablarse entonces de un cierto estilo de «pedagogía institucional», es decir, de ese modo de proceder pedagógico que insiste en que la manera de hacer las cosas en el ámbito educacional es ya una manera de decir las.

Con ánimo de explicitar algunos de los aspectos y exigencias que conlleva ese estilo de catequesis que hemos conceptualizado como «comunitario», he creído oportuno hacer algunas precisiones teológico-pastorales en torno a la comunidad cristiana y al catecumenado, y, al mismo tiempo, sugerir iniciativas prácticas que permitan situarse más a gusto en la praxis concreta. Pero una cosa es habérmelo propuesto y haberlo intentado en estas páginas, y otra, bien distinta, haberlo conseguido. El lector dirá hasta qué punto, en este caso, los deseos y buenos propósitos coinciden con la realidad.